

No es que vayamos a caer en un extremo vicioso, pues en honor a la verdad la melodía jazzística —al igual que la de cualquier obra, por antagónica y distante que parezca— es susceptible de interpretarse con gesto y ademán en extra-proyección de danza. Nada nuevo decimos al hablar de esta conversación en danza de cualquier trozo musical, por sinfónico que parezca o sea. Más abogamos por el «jazz», por el «buen jazz», que al ser una especie de nueva filosofía en los pentagramas de todas las latitudes, tiene una misión más alta que cumplir que la de hacer danzar a los sonos de una gramola o de una orquesta.

En otra ocasión hemos dicho y hoy reafirmamos: «Error de principio es querer discutir sobre el «jazz» partiendo de

la plataforma generalmente extendida de que el citado género es «música de baile». Nosotros iríamos mucho más lejos: el «jazz», el «verdadero jazz» es la música antípoda del baile, en la común acepción de éste. Por ser uno de los géneros musicales en que el instrumentista hace «vivir» a su melodía en una especie de «re-creación» —nueva creación—, el factor emotivo «intérprete - oyente» es más cálido y más dado a la sorpresa reaccional y, por ende, a la espontaneidad. En tales circunstancias no podemos admitir que tan alta significación estética quede relegada a «una vulgar exposición de motivos para el baile de pasatiempo».

Luis ARAQUE

Madrid, Abril 1947

El jazz es espiritual

Uno de los tópicos más comunmente empleados, por los que combaten la música de jazz, es el de que dicha música no tiene ninguna eficacia, como vehículo expresivo de los más puros sentimientos. Para ellos, el jazz es simplemente una musiquilla tolerable cuando no intenta invadir ciertos terrenos, que ellos consideran vedados para ella; música de baile y nada más.

Esto no tiene demasiada importancia, considerando que se trata de personas que se declaran, a sí mismas, refractarias a dicha música; pero la tiene, importantísima, cuando este falso concepto es compartido por otros que se titulan «buenos aficionados» y que por añadidura, por pertenecer a una entidad como la nuestra, ya deberían de pisar más firme en este terreno.

Con frecuencia, durante las sesiones

de nuestra Discoteca, he podido observar que importante número de asistentes a ellas evalúan la calidad de los discos considerando únicamente la cantidad de contorsiones y piruetas que les permitiría hacer, de disponer en aquel momento de una pareja adecuada.

Para ellos el jazz no significa más que estridencias.

Su ideal, una numerosa orquesta, a ser posible con dos o tres baterías tocando a toda presión, en un apoteosis semejante a un descarrilamiento.

Hay que reconocer, sin embargo, que la perniciosa influencia ejercida por los grandes conjuntos de moda, tales como Artie Shaw, Benny Goodman, Glenn Miller, etc., los cuales, ayudados por una propaganda hábil, han alcanzado extraordinaria popularidad, tiene en buena parte culpa de ello.

Para valorizar espiritualmente la mú-